

Alerce

N° 120, agosto de 2024. Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile. Director: David Hevia.

Un rasgo, cuento escrito por Nicomedes Guzmán a los 19 años de edad y que permanecía inédito

Durante los últimos años, la fecunda obra legada por Nicomedes Guzmán a la literatura chilena ha seguido sorprendiendo con la aparición de páginas cuya existencia se desconocía. Si en 2015 vio la luz *Croquis del corazón*, poemario de artesanal ejemplar único compuesto en 1934 con el seudónimo de Darío Octay, en 2023 salió de imprenta *Un hombre, unos ojos negros y una perra lanuda*, novela escrita en 1937 y que se creía destruida por sus propias manos. Ahora, al reunirse por primera vez sus relatos, bajo el título *Nicomedes Guzmán. Todos sus cuentos* (Zuramérica, 2024), la investigación correspondiente ha encontrado cinco historias que no circularon en libro alguno. Una de esas piezas es *Un rasgo*, fechado el 7 de agosto del año 1933, con la rúbrica de Ovaguz, acrónimo de Óscar Nicomedes Vásquez Guzmán. Es el cuento que, por gentileza de la Fundación Nicomedes Guzmán, *Alerce* comparte aquí con sus lectores.

Un rasgo

Todas las noches nos reuníamos a conversar, yo, mi amigo Vicente, que era veterano de la Guerra del Pacífico, el viejo Juan Bautista, a quien llamábamos cariñosamente “Don Baucha”, y algunos inquilinos del fundo “El Peumo”. Como siempre, aquella noche nos reunimos bajo una de las ramadas que don Baucha había construido para su estada en la “chacra”. Una luna llena radiante filtraba pequeños rayos por entre los claros que dejaban las hojas de la ramada sembrando de puntitos plateados nuestros rostros; una brisa suave, pero helada, ya que estábamos a fines de marzo, nos daba en la cara trayendo a nuestro olfato, de los sandiales próximos, la fragancia de las sandías y melones maduros, haciendo crujir más allá, las cañas y hojas casi secas de los maizales: ahí cerca, frente a nosotros, las flores de unas maravillas dormían cara abajo doblando flojamente sus tallos; más lejos, en la cerca, una fila de álamos destacaba su silueta gigantesca, ante la luna, que hacía brillar sus contornos, cuyas hojas movidas por la brisa, titilaban como para imitar a las pocas estrellas que se divisaban en el firmamento; los grillos y sapos y hasta las ranas de un estanque próximo, no cesaban su peculiar concierto, mientras en la lejanía se percibía el ladrido furioso de algunos perros... Siempre es agradable conversar con gente de campo, pues a nuestros “huasitos” nunca les faltan temas, historias o leyendas que parecen inverosímiles o chistes con que agradar a los que, cansados con la rutina de la ciudad, vamos en busca

de tranquilidad a las tierras del sur. Fue así como esa noche nuestra charla versó y descendió cincuenta años atrás, época pródiga del bandidaje en Chile.

—La mayoría de los bandidos que han poblado nuestras tierras, nos decía mi amigo Vicente, si han hecho diaulos por pura venganza, pero en su corazón va prendía la nobleza y la generosidad.

—A propósito, le interrumpió don Baucha, si ustedes me lo permiten les voy a contar un caso que me ocurrió, allá por mis años mozos... ¡esos años que nunca se olvidan...!, repitió con un dejo de pena.

Todos aceptamos, entusiastas, y nos dispusimos a oír al viejo campero.

Don Baucha lio un cigarro, lo encendió y dando una chupada comenzó:

—Tendría yo por esa época unos dieciocho años, era un guaina bien plantao y harto guapo; vivía en l’hacienda “La Higuera” con los viejos y los demás guainas... ¡Qué tiempos aquellos...!, suspiró. Gueno, esi’año los juimos toos pa la chacra porque mi taita tenía hartaza cosecha... En dei no má, los vino la mala: una lluvia que no soñábamos los embromó la chacra, por primero, en despué pa má a la entrá de invierno se anduvieron muriendo algunas bestias. Después vinieron otras calamias que ¡pa qué les cuento...! Ta visto que cuando llega la mala se junta too.

Mi mamita s’enternó y eso jue lo que más sentimos... ¡Qué güena era la “vieja”! Nosotros la queríamos más que a la niña’el’ojo. Llamamos a las “meicas” del fundo y toas decían qu’era mal que l’habían hecho los brujos, pero ni una era capaz de sanara. A too esto ella s’enfermaba caa vez má ¡Bien haiga no má!...

Güeno pue, mi taita era enemigo de los doutores, pero esa vez viendo lo empiorá qu’estaba la “vieja” aunque decía qu’ellos terminaban por matar a la gente, llamó uno del pueblo. Después de insaminarla, este le recetó unos remedios qui’había qu’ir a buscar en la tarde a la población. En dei me encaché yo pa largarme al pueblo qu’estaba a como leguas de las casas; ensillé mi mulato y aunque mi taita quería qu’el viaje lo dejara pal otro día, por qu’era seguro que golvería de noche y andar de noche en esos tiempos era hartazo peligroso, yo las endilgué no má viendo lo mala qu’estaba mi maire. Aunque recién había salío el invierno, hacia calor y el sol, pa recacho, me quemaba la esparda como diaulo. Pa no acalorar al bruto me tuve qu’ir al paso, hacis que llegué allá cuando el sol estaba adentro...

De güelta la noche se me vino encima cuando recién salía del pueulo, pero por suerte había luna y venía alumbrao. No por eso dejaba de traer susto y de ve’en cuando acariciaba la cache de mi puñal montañés, única arma que llevaba...

Pónganse en mi lugar y afigurens’el susto que me llevé cuando pasaito un puente que llamaban del Olivo me salieron al paso unos jinetes gritándome que me parara. Yo espolié mi pingo que se largó com’un celaje haciendo saltar chispas a las pieras del camino, y me encaché con mi puñal. Lueguito sentí unos disparos y las balas pasaron “chiflando” por el lao e mis orejas.

Si me paro me quitarán lo que llevo, pero me pueen ejar vivo y poiré cumplir mi cometido, pero si arranco estos bandidos me arrodillan a balazos, y “entre morir y las posibilidades de vivir mejor son las posibiliaes de vivir”, pensé yo en un santiamén y entonces me entregué...

En cuanto me paré, me rodiaron los tres bandíos y uno d’ellos apuntándome con un trabuco li’ordenó a otro que me quitara el puñal, yo lo entregué sin decir ná: aun qu’era un roto harto diaulo, ¿pa qué voy a negarlo? Estaba temblando e’susto.

—Entrega la plata que llevai, me ijo con voz mandaruna el que parecía qu’era el jefe.

Yo andaba con cincuenta pesos y cincuenta pesos en esos tiempos, era una fortuna, pero lo entregué, temiendo por mi vida y la de mi maire.

Después me hicieron desmontarme y ellos tamién si’apiaron; uno d’ellos se puso a registrar las prevenciones, la sangre me hirvió en las venas cuando vi que sacaban los frascos con remedio, de los que dependía la vida de mi maire, y que yo había envuelto en hojas de choclo pa que no se quebraran...

—¡Canallas...! les ije yo, ¿Qué piensan hacer agora?

—Lo qu’hicimos con toos, pus, me contestó riendo uno de ellos.

Al oír aquellas palabras qu’eran com’una sentencia, yo temblé com’una hoja mecía por el viento, y palabra, no era tanto por mí, sino que por mi “vieja” que talvezta agonizando en el rancho y al pensar que si esos bandíos me mataban ella tamién me acompañaría luego a dar cuentas a Dios, no sé de onde saqué valor pa iciries:

—¡No en a mí solamente a quien matarán, bandíos... Mi madre ta’enferma en el rancho, y si no llevo luego con los remedios, tamién se morirá...! Nunca pensé qu’esas palabras iban ’obrar el milagro; el rostro de fiera del jefe se golvió apacible y acercándose me ijo despacito, como un alucinao:

—¡Maire...! ¡Qué linda y sagrá palabra esa, muchacho...! ¡Tú sos felí, guaina, porque tení una viejita güena que te quiera...! A mí... a mí me la mataron los milicos... ¡Pero me la pagarán caro...!, terminó con rabia empuñando y levantando la diestra. Luego continuó:

—¡Anda, güaina, sálvala, tai libre ya!, y ordenó al otro que dejara en su sitio los frascos que recién había sacao de las prevenciones.

—Yo creía qu’estaba soñando, y palabra, de güena gana mi’hubiera arrodillao p’agradecer a ese caballero bandío. Monté de nuevo en mi mulato y me golví pa despedirme; el bandío me degolvió el puñal y el fajito de billetes di’a uno, que antes m’había quitao. Yo le ije que podía quearse con la plata, pero él me hizo recibirlos diciéndome con su voz varonil y bien timbrá:

—Regálaselos a tu “vieja” en mi nombre... ¡En nombre del mentao Ciriaco Contreras...!, y me alargó la mano que yo estreché, agradecido, con fuerza mientras le daba tamién mi nombre, medio tembleque, claro, porque star elante diun hombre cuya cabeza está a precio nu’es naíta e’broma. Me despedí de los otros “niños” y al partir el bandío me habló pa icirme:

—Dale salúos a tu maire y que se mejore pronto... ¡Nu’habiendo como la maire, guaina...!

Yo le agracé, y a la luz de la luna pue ver brillar en sus ojos algunas lágrimas. Espolié mi pingo y partí pal rancho. De lejos golví la cara; los tres bandíos se perdían galopando en la güelta del camino...

Calló don Baucha y yo tamién pude ver brillar a la luz de un rayito de luna, sus ojos húmedos de lágrimas, lágrimas de agradecimiento eterno para aquel bandido que fue todo un caballero, dentro de las canalladas a que lo llevó la venganza. El viejo se quedó un momento pensativo como evocando ese pasaje inolvidable de su vida; luego tosió y habló para decir:

—Mi maire se alentó y puo estar junto a nosotros la mar de años más... se detuvo otro momento y agregó:

—¡Ciriaco Contreras era un gran hombre!... cierto que era bandío... Un rasgo pero era uno de esos bandíos que, como ijo endenante on Viche, llevan prendía en el corazón la nobleza y la generosía. Calló de nuevo, lio y encendió un pitillo y lanzando una bocanada de humo, apoyó la espalda en uno de los “horcones” de la ramada, mientras nosotros, callados tamién, pensábamos en ese bandolero cuyo pecho se había hecho estrecho para albergar su gran corazón. Una lechuza pasó chasqueando por sobre la ramada. Don Baucha rompió su mutismo y dijo:

—“Llévate tu niebla, déjame mi ceniza”, siguiendo las tradicionales palabras que según los campesinos supersticiosos, conjuran el anuncio de mal tiempo que trae consigo el inocente pajarraco.

Yo sonreí para mi capote.



Nicomedes Guzmán y su vínculo con Magallanes

Por Víctor Hernández

En el verano de 1946 el autor llegó a Magallanes para promover a los narradores seleccionados en *Nuevos cuentistas chilenos* y, muy especialmente, a los prosistas que conformaban la colección La Honda. En Punta Arenas, departió con los creadores que se empeñaban en organizar el Centro de Escritores de Magallanes (CEM); recorrió el campo y las estancias, especialmente en Tierra del Fuego, donde conoció a ovejeros y puesteros. En Puerto Natales estableció amistad con el antiguo dirigente de la Federación Obrera de Magallanes, Ulises Gallardo, a quien ayudó a publicar en la imprenta Cultura de Santiago el opúsculo *El lenguaje del pueblo*, prologado por Francisco Coloane. Fueron tiempos muy especiales y significativos para Nicomedes Guzmán, porque después de preparar un estudio preliminar para *Roble Huacho*, la primera novela de Daniel Belmar, debió partir al exilio a la Argentina debido a la Ley Maldita, que proscribía de toda actividad política y pública a militantes y adherentes del Partido Comunista. Su estadía en Buenos Aires fue breve, pero fructífera. Dictó conferencias en el Colegio Libre de Buenos Aires y luego, ante gestiones realizadas por directores de diarios de Santiago y de la Sociedad de Escritores de Chile pudo reintegrarse como columnista en algunos medios periodísticos. Así tenemos que, a contar de 1950, publicó artículos en diarios de provincia como *El Rancagüino*, *El Sur*, de Concepción, *El Día*, de La Serena, y *La Prensa Austral*, de Punta Arenas.

A fines de 1952, y por los siguientes doce años, trabajó junto a Luis Sánchez Latorre (Filebo) como funcionario del Departamento de Cultura y Publicaciones del Ministerio de Educación. Su función principal en la cartera fue estrechar lazos con distintas organizaciones culturales y promover la difusión de la literatura chilena a lo largo y ancho del país. En 1955 publicó con la editorial Zig Zag *Antología de Baldomero Lillo*, un segundo trabajo de investigación y recopilación, que reactualizaba a uno de los escritores más importantes de comienzos del siglo XX. Nicomedes Guzmán incorporó en el texto un ensayo titulado *Baldomero Lillo y su biógrafo*, en que, además de mencionar las virtudes del narrador lotino, le atribuye un carácter fundacional como elemento literario, en su búsqueda de un estilo para describir el drama de los mineros del carbón. El buen recibimiento que tuvo este trabajo indujo a Guzmán a la concreción de un antiguo proyecto que buscaba dar a conocer, por intermedio de la pluma de cincuenta escritores, una particular interpretación de Chile, tal cual señaló el autor en el proemio de su obra: “En el hecho, en lo concreto, este es un panorama integral de nuestra tierra y su vida, desde Tarapacá a la Antártida y desde los Andes al Pacífico, representándose en él, como un puño cerrado, el zumo de todo aquello que nos asiste, como pueblo en marcha permanente”. Se

trataba de *Autorretrato de Chile*. Ese mismo año, siempre con Zig Zag, publicó un estudio que reunía las mejores composiciones poéticas y la poco conocida obra narrativa de Carlos Pezoa Véliz (1879-1908), 35 poesías y 17 relatos en total. Guzmán agregó el ensayo *Carlos Pezoa Véliz, escritor permanente y esencial de Chile*. El libro consustaba poesías románticas, filiales y varias: *Tarde en el hospital, Romanza de amor, Brindis byroniano, Mis amigas, A una rubia, A una morena, Los ojos de mi amada, En este día, Cansancio del camino, Égloga, Reiré, Al amor de la lumbre, Fecundidad, En la poda, La primera lluvia, Hacia el sur, Una astucia de Manuel Rodríguez*; poesías sociales y de protesta: *La pena de azotes, Cosa pasada, Geórgica, Contra avaricia, largueza, Contra gula, templanza, Contra lujuria, castidad, Contra soberbia, humildad, A la criada, Entierro de campo, Vida de puerto, El perro vagabundo, El pintor Pereza, Teodorinda, Nada, El organillo, De vuelta en la pampa, Pancho y Tomás y Alma chilena*. Prosas románticas, descriptivas y varias: *La sonata escandinava, Oraciones para la amada, Salmo de otoño, Pensamientos, Carta de Viña del Mar, Fragmentos de Vida Militar, De Chuquicamata a Calama, A la vista de Caracoles I, II, Los argentinos en la pampa, Semana Santa y Memorias de un poeta*; prosas costumbristas, sociales y de crítica: *El taita de la oficina, Impresiones de Viña del Mar: I. El estero de Marga-Marga II. La calle de Viana, Marusiña, Aquella tardecita helada, El niño diablo, Los tácticos y El candor de los pobres*.

En ese mismo período, marcado por una gran actividad cultural y viajes, Nicomedes Guzmán efectuó al menos cuatro históricas visitas a Magallanes. En 1954 se dio el tiempo para prologar la novela *La tierra de las discordias*, de Osvaldo Wegmann. En la penúltima visita, invitado por el Círculo de la Prensa, durante tres semanas —desde el 31 de mayo al 20 de junio de 1957— dictó conferencias en diversos lugares del austro, incluido Puerto Natales, Porvenir y los campamentos que la ENAP tenía en Tierra del Fuego, Cullen y Manantiales. En la biblioteca municipal de Punta Arenas se refirió al tema “El Norte Grande y sus hombres en la novela chilena actual”. En la ocasión, destacó el aporte de los prosistas Andrés Sabella, Homero Bascuñán, Mario Bahamonde y Volodia Teitelboim. En otra de sus charlas, dirigida a los alumnos de la educación primaria, en la Escuela Superior de Hombres N°1, luego de que el profesor y poeta Marino Muñoz Lagos hiciera una acabada presentación del visitante, se explayó sobre los principales rasgos biográficos de los distintos premios nacionales de literatura, especialmente de Manuel Rojas, distinguido en horas previas con el máximo galardón de las letras chilenas.

Dos años más tarde, coincidió en la zona con el poeta Pablo de Rokha. Convidado ahora por el grupo “Ventarrón”, analizó por espacio de diez días, en el local de la Sociedad de Instrucción Popular, a los más destacados narradores de la nueva generación literaria, llamada del 50 (o del 57, como la denominan algunos críticos como Hugo Montes); entre estos, a José Donoso, Claudio Giacconi y Enrique Lafourcade. El 8 de junio de 1959, en el salón de actos de la Escuela Superior de Hombres, con libretos del poeta Marino Muñoz Lagos, con presencia de Nicomedes Guzmán, Pablo de Rokha e integrantes del CEM se realizó un homenaje póstumo a la figura del escritor Raúl Norero, que, aunque nacido en Constitución, residió en Punta Arenas un buen tiempo, desplegando en la ciudad una significativa labor como galeno. Después, Guzmán expuso la charla “Estampas geográficas y humanas de Chile”.

Los problemas de salud arreciaron en los siguientes meses. Nicomedes Guzmán falleció en la Asistencia Pública de Santiago, el 26 de junio de 1964. Luego de su muerte se sucedieron los homenajes y reconocimientos: en el Senado, en la Cámara de Diputados, en la Sociedad de Escritores de Chile. El Ministerio de Educación le dedicó una edición especial en el N°96 de la revista *Cultura*, correspondiente a septiembre-octubre de 1964. En noviembre de ese año, a iniciativa del alcalde Mario Palestro, se inauguró una plaza con el nombre del escritor en la comuna de San Miguel. En Punta Arenas, en sesión extraordinaria, la Ilustre Municipalidad de Magallanes rindió honores al

novelista. Al respecto, en agosto de 1965, la regidora de Punta Arenas Nelda Panicucci Bianchi, presentó una moción nacida de la inquietud de algunos vecinos de la población Fitz Roy para levantar una plaza con el nombre del escritor en la punta de diamante que se forma en la intersección de calles Manuel Rodríguez y Los Coirones. En votación unánime, la corporación acordó construir la obra, la que fue recibida a nombre de los escritores regionales por Marino Muñoz Lagos, el 26 de junio de 1968. A su alrededor, un monolito contiene la leyenda: “A Nicomedes Guzmán 1914-1964. La ciudad de P. Arenas”. A su vez, al cumplirse el quinto aniversario de su deceso, la editorial Nascimento publicó una obra póstuma de Nicomedes Guzmán, llamada *Antología de cuentos chilenos*, que abarca una selección efectuada por el autor entre 1960 y 1963. Como era habitual en Guzmán, la obra se encuentra dividida en temas. Así tenemos los cuentos de puerto: *La rosa de los vientos*, de Jacobo Danke, *Al punto mayor*, de Luis Enrique Délano. Los cuentos del Norte Grande o de la pampa salitrera y de otras comarcas minerales: *Mister Jara*, de Gonzalo Drago, *El pago*, de Baldomero Lillo, *El cara'e picante*, de Mario Bahamonde, *Piratas del desierto*, de Luis González Zenteno, *Don Pigua*, de Homero Bascuñán, *Santo remedio*, de Eduardo Barrios, y *El acordeón*, de Víctor Domingo Silva. Están los cuentos del Norte Medio o Verde: *El pueblo muerto*, de Pedro Prado, y *Agua roja*, de Sady Zañartu. Los llamados cuentos de ciudades y de pueblos: *Sueño de verano*, de Eugenio González, *El civil*, de Luis Merino Reyes, *La inútil*, de Juan Espinosa, *Sobre todo, cama...*, de Reinaldo Lomboy, *La nochebuena de los vagabundos*, de Salvador Reyes, *Canto y baile*, de Manuel Rojas, *Eloísa*, de Rafael Maluenda, *El querido maestro*, de Diego Muñoz, *El hombrecito*, de Marta Jara, *Ismael o el reloj de la pobreza*, de José Santos González Vera, *La familia*, de Fernando Alegría, *Dos hombres junto a un muro*, de Marta Brunet y *Mil novecientos cincuenta y tres*, de María Flora Yáñez. Se agregan los cuentos de la zona central: *Desembocadura*, de Daniel Belmar, *El canario bombero*, de Juan Godoy, *Lucero*, de Óscar Castro Z., *Carmela*, de Luis Durand, *La sangre del cordero*, de Fernando Santiván, *Un carácter*, de Federico Gana, *La carreta en la montaña*, de Mariano Latorre, *El viejo Miguel*, de Juan Donoso, *Araña brava*, de Lautaro Yankas, *El desertor*, de Olegario Lazo Baeza, y *La permuta*, de Luis Vulliamy. Están, además, los cuentos del extremo austral: *El fondeo*, de Juan Marín, y *La voz del viento*, de Francisco Coloane, y los relatos *A rodar tierras*, de Augusto d'Halmar, *La pampa*, de Diego Barros Ortiz, *La resurrección*, de Hernán Jaramillo, *En el océano de nadie*, de Braulio Arenas, y *El funeral del diablo*, de Maité Allamand.

Sobre la obra de Guzmán se ha escrito algunos trabajos de importancia, pero difíciles de hallar. Oreste Plath asegura en su libro *El Santiago que se fue*, que, en Copenhague, Lena Kristensen obtuvo su grado en Lenguas Latinas con una tesis sobre el novelista chileno. Otros estudios que han analizado su obra literaria son: *Nicomedes Guzmán y la generación del 38*, de Mario Ferrero, y la tesis doctoral de 491 páginas de Lon Pearson, editada por la Universidad de Missouri en 1976, *Nicomedes Guzmán Proletarian Author in Chile's Literary Generation of 1938*.

